

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *El Señor es mi fuerte defensor.*

Salmo (68, 8-10.14 y 17.33-35): *«Señor, que me escuche tu gran bondad»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre el delito y el don.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *No tengáis miedo.*

Expresiones como “castigo de Dios”, “cuidado, Dios te ve” o “a Dios no se le engaña” formaban parte de las medidas “educativas” con las que se pretendía inducir a un buen comportamiento. Creo que, más bien, era la proyección de algunos que querían de esa manera controlar la vida de sus atemorizados escuchas, aunque, claro está, el que salía perdiendo era Dios o, mejor dicho, la imagen que de Él nos íbamos formando al oír tales amenazas, sea que nos llegara a través de los padres, de los abuelos, de los maestros, de los sacerdotes, de las catequistas o de quien fuera.

La famosa sentencia de que *«no hay nada oculto que no llegue a descubrirse; no hay nada secreto que no llegue a saberse»* (Lc 8, 17), siempre la escuché con tintes amenazadores. En la mente del niño o del adolescente de épocas (gracias a Dios) ya pasadas, esto sonaba terrible: “¿Dios va sacar a la luz todos mis malos pensamientos y deseos?”, “me va a exponer al ridículo y al desprecio de toda la gente, no solo por lo malo que he hecho, sino por lo oculto o secreto que puede haber en mi vida”. Ciertamente, me impactó esa imagen amenazante de Dios, pero algo me hizo ir descubriendo que había algo más...

Me tomó un buen tiempo deshacerme de ese ídolo que me infundía miedo y convencerme de que “ese” no era Dios, aunque así me lo hubiera presentado más de uno. Cuando tuve la oportunidad de estudiar con más detenimiento la Palabra de Dios, me fui dando cuenta de que las cosas eran muy diferentes a lo que algunos enseñaban. Una de las invitaciones más frecuentes de parte de Dios a los seres humanos es: «¡No tengan miedo!». Llegué a la convicción de que Dios no nos quiere llenos de miedo; al contrario, si algo quiere es que no tengamos miedo y vivamos felices.

“Lo oculto” y “lo secreto”, por lo tanto, no son los pecados del hombre, sino el misterio del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Eso es lo oculto que va a llegar a descubrirse, eso es lo secreto que debe llegar a saberse a través de los intrépidos y valientes testigos de la fe en Jesucristo. Él nos instruye discretamente, casi íntimamente, “de noche, al oído”, y espera de nosotros que nos convirtamos en portavoces audaces que hagan resonar “en pleno día y desde las azoteas” lo que nos ha sido confiado. Vemos que diferencia tan grande hay entre un Dios que infunde temor y un Dios que anima exactamente a lo contrario, a no temer. Ante todo, se trata de no ser miedosos, pero tampoco hay que ser temerarios, valentones, imprudentes, sino sensatamente valientes en la vida y en la profesión de nuestra fe.

El mundo es autónomo. En realidad, siempre lo ha sido. Otra cosa es que desde una perspectiva religiosa (sea la que sea), se ha mirado al mundo bajo la mirada vigilante y muchas veces recelosa de distintas perspectivas celosas. La fe cristiana nos insiste en esta condición de libertad, de mayoría de edad, de ser adultos. El mundo es adulto y tiene sus “criterios” y sus “valores” sobre la sociedad y la persona. Este ejercicio de la autonomía de lo mundano (bien entendida esta palabra) a veces suscita debate, confrontación; sobre todo cuando algunas propuestas no coinciden o son contrarias a las que hacemos los creyentes.

Podemos centrarnos un poco más: ¿Qué imagen tienen algunas filosofías sobre el ser humano, sobre su sentido y sobre su destino y qué imagen tenemos los cristianos? ¿Qué expectativas ofrece nuestra sociedad a una persona que quiere ser feliz del todo, y diciendo todo, nada excluye, tampoco lo espiritual y religioso? ¿Qué perspectivas tienen los jóvenes cuando miran al futuro y lo sueñan lleno de sentido, o carente de sentido? Repetimos, el mundo es autónomo para proponer sus imágenes, sus expectativas y sus perspectivas. No es cuestión de confrontarse, sino de buscar juntos, de proponer, de discutir, de ofrecer... siempre pensando en el bien común.

Es verdad que el cristiano (siempre, no hoy) se caracteriza por nadar contra corriente. Es así. El discípulo de Jesús que solo adora a Dios y no al dinero, nada contra corriente. El discípulo de Jesús que ve en el extranjero, más aún, en el extranjero pobre y débil, a su hermano, nada contra corriente. El discípulo de Jesús que devuelve bien por mal, nada contra corriente. Nunca ha sido fácil ser cristiano, de la misma forma que nunca ha sido fácil ser “persona de bien”, honesta, limpia, justa. Sin embargo, en este “nadar contra corriente”, el cristiano descubre que el Evangelio no es una ideología, sino una forma de comprender el mundo y de estar en el mundo, respetando su autonomía.

El evangelio de hoy comienza diciendo que no hay que tener miedo a los hombres. Lo primero que pensamos es que en la comunidad de Mateo había miedo (¿persecuciones abiertas, difamaciones, rechazos dolorosos?). Sea lo que sea, el evangelista pone en boca de Jesús una realidad. Ser discípulo de Jesús conlleva el rechazo de algunos, o de bastantes. Jesús, sin embargo, nos dice: *«Estáis en buenas manos»*, que son las manos de Dios. Jesús nos dice: *«¡no tengáis miedo de los hombres!»*. Nos podrán hacer la vida imposible, incluso ponerla en riesgo, pero nunca nos podrán quitar ni la felicidad por hacer el bien, ni la seguridad de que Dios está con nosotros.